

Para
Ernesto Montecarr
Con el apuro
de

LISANDRO DE LA TORRE
EL SOLITARIO DE PINAS



King
Enero/89

Protagonista sin claudicaciones

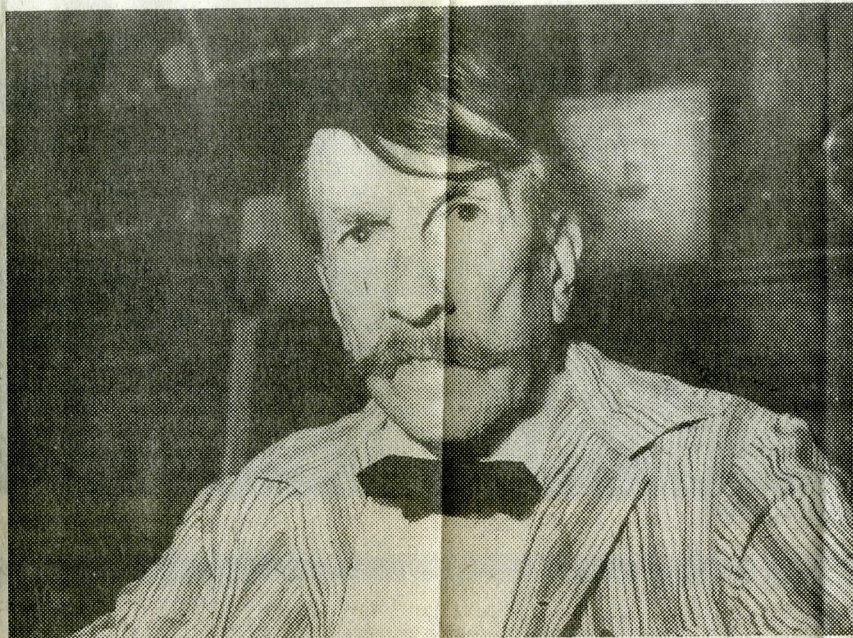
*“Palacios, el último
mosquetero”*

Por Raúl Larra

(Editorial Leviatán)

En la historia argentina de este siglo pueden señalarse algunos primeros actores. Entre ellos está Alfredo Palacios. Su entrada en escena, en 1904, fue la de un rebelde, movido por el generoso impulso de su credo socialista. Nunca, en una vida rica en peripecias de cárcel y exilio, enfrentamientos oratorios y valerosos desafíos, lances caballerescos y también galantes, renunció Palacios al papel elegido, al que lo predestinaban la nobleza de espíritu y el temple batallador.

Así, siempre protagonista, en el alarde de la tribuna para la defensa de las reivindicaciones obreras, en el debate parlamentario y la intercesión personal en favor de los más débiles, muestra Larra al ya legendario hombre público. En la evocación van desgranándose, multiformes, los acontecimientos: el golpe de Estado de 1930, el fraude electoral, las violaciones de la autonomía universitaria, las tropelías autoritarias del peronismo, y muchos más. En medio del turbión de los sucesos, que desbordan a menudo los cauces de la legalidad republicana, la



Palacios

imagen del luchador se mantiene enhiesta, inmovible, retadora. Ni un signo de flaqueza ni una sombra de claudicación alteran el porte vertical de una conducta ofrecida en ejemplo.

Alta lección la de Palacios. En un país como el nuestro, donde se practica sin demasiado resquemor la poligamia

ideológica, supo mantenerse fiel a un único principio, el de la dignidad del hombre, y se aferró a él hasta el fin, como al asta de una bandera nunca arriada. Tal integridad iba a valerle la convergencia admirativa de sus conciudadanos de los más diversos sectores. Un ideal de justicia —y no el materialismo económico de Marx— es el

agente de los grandes cambios revolucionarios, piensa Palacios. A esta concepción, inspirada en Jean Jaurès, agrega cierto panteísmo romántico que lo distancia del ateísmo científico de su correligionario Juan B. Justo. Estos dos rasgos —debidamente destacados por Larra— volvieron invulnerable la personalidad del primer legislador socialista de América a las menudencias ortodoxas y disciplinarias.

El relato no rehúye lo anecdótico y pintoresco en la existencia del ex senador, cuyas veleidades donjuanescas y propensión al énfasis teatral se señalan. Gracias a tales toques, la biografía levemente novelada aquí propuesta pierde en tiesura apologética lo que gana en humana realidad. La reproducción, en la parte final, de opiniones de Palacios favorables al régimen de Fidel Castro, se complementa con la desaprobación posterior por nuestro eminente compatriota de la filiación marxista-leninista del dictador de La Habana.

La posición izquierdista de Raúl Larra incide en el tono de algunos pasajes. En lo sustancial, sin embargo, hay en el autor un loable propósito de ecuanimidad. (215 páginas.)

Martín Alberto Noel